

	Revista Electrónica de Didáctica en Educación Superior	Nro. 12 Octubre 2016
Publicación Semestral de Acceso Libre		ISSN: 1853-3159

DESCOTIDIANIZAR LA FORMACIÓN EN ANTROPOLOGÍA: PROBLEMAS PLANTEADOS A SU ENSEÑANZA EN EL ÁMBITO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR¹

Gimena Perret, Virginia Sabao

Universidad Autónoma de Entre Ríos

Universidad Nacional de General Sarmiento

Fecha de recepción: 02/Ago/2015

Fecha de aceptación: 16/Sept/2015

Resumen:

En términos generales, la enseñanza de la antropología en la Educación Superior tiende a privilegiar enfoques centrados en la noción de 'cultura viva/vivida', aunque también, suele soslayar el problema de las condiciones materiales y los procesos de objetivación/materialización de ideas sociales. En la práctica docente, hemos notado, a partir del uso de diversos manuales de historia de la teoría antropológica, una suerte de sesgo sobre las miradas clásicas que incluyen abordajes integrativos sobre lo cultural en sus aspectos inmaterial y material. A lo largo del artículo, intentaremos dar cuenta de posibles razones y consecuencias sobre la formación de profesionales en ciencias sociales y en particular, antropólogos. Uno de los posibles efectos en la formación disciplinar se vincula con la consolidación de una idea de lo que es (y no es) investigar/conocer en antropología. Produciendo cierta reificación de la etnografía (entendida fundamentalmente como observación de interacciones en presencia del investigador), considerada rito de pasaje en la construcción de la identidad profesional y medio de legitimación del conocimiento producido. Nos preguntamos, entonces, acerca del status de investigaciones donde prima el uso de fuentes documentales (trabajo con archivos

¹Una versión preliminar de este trabajo fue presentado en el marco del XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario, 2014, "Preguntas acerca de la cultura material como tópico de conocimiento antropológico y supuestos asociados en las prácticas de investigación: revisando el uso de fuentes documentales".



históricos, fotografías, cartas, etc), los trabajos sobre formas culturales cristalizadas/materializadas en soportes perdurables, los procesos de materialización de las ideas en formas concretas o los estudios referidos al espacio objetivado. ¿Su utilización, registro y análisis puede considerarse “trabajo de campo”? ¿Tiene el mismo status de legitimidad frente a aquello que podamos registrar “en presencia”? ¿Qué espacio de análisis otorgar a fuentes escritas en contextos sociales de escritura extendida? ¿Qué lugar adquiere la cultura objetivada en los análisis antropológicos actuales y en la enseñanza del oficio? Nuestra apuesta a la hora de enseñar antropología se vincula al recupero de un sentido complejo de la práctica etnográfica y/o creación de nuevos modos de llevarla adelante en los contextos contemporáneos. Repensando, así, la transposición didáctica del oficio antropológico (dentro y fuera del campo específico). Para ello, necesitamos desnaturalizar el modo en que aprendimos la historia disciplinar, dar cuenta de cómo se han ido moldeando modos de *hacer y conocer*, en definitiva, *desmanualizar* nuestro sentido común antropológico, cuestionarlo y revisarlo.

Palabras clave: Enseñanza de la antropología, Antropología clásica, Cultura material-inmaterial, Oficio antropológico, Trabajo de campo

Abstract: **Reflections on the Experience of Teaching Anthropology in Higher Education in Argentina**

Our goal in this paper is to raise some thoughts regarding the experience of teaching anthropology in higher education in Argentina. We have observed in many manuals text that the history of anthropology is usually presented in a fragmented way. That why we try to indicate possible reasons and consequences for the training of professionals in social sciences and in particular anthropologists. We wonder if the teaching of anthropology doesn't then have to acquire new characteristics that need to be redefined in light of denature the anthropological common sense.

Keywords: Teaching anthropology, Classical anthropology, Material-intangible culture, Anthropological skills, Fieldwork

Presentación

En términos generales, la producción de conocimiento antropológico ha tendido a privilegiar los enfoques centrados en la noción de ‘cultura viva/vivida’, dando como



resultado un cierto ocultamiento de las miradas antropológicas clásicas que se orientan a un abordaje integrativo de lo cultural en sus aspectos inmaterial y material.

Esta concepción reduccionista acerca del oficio antropológico, se puede comprender si nos remontamos a los materiales que se utilizan en el nivel superior en la enseñanza de la disciplina² (tanto para la formación en el campo específico como en otros campos profesionales).

Así, nos interesa pensar en las consecuencias que trae un cierto tratamiento manualístico del campo específico, en la configuración de ideas acerca de la profesión y de las implicancias de ciertas estrategias didácticas en la presentación/definición de un campo de estudios como el de la antropología.

Antropología: Didáctica como disciplina y estrategias de manualización

El uso de diversos manuales de historia de la teoría antropológica constituye una estrategia habitual en la enseñanza de esta disciplina, tanto en procesos de aprendizaje del campo específico como en aquella formación profesional que requiere de saberes antropológicos dentro de la propuesta curricular.

Revisando varios de ellos, utilizados la mayor de las veces en las materias en las que nos desempeñamos como docentes de antropología en ámbitos de la Educación Superior de la Argentina³; es posible advertir una suerte de sesgo analítico en torno a

² Usaremos el concepto teniendo en cuenta la definición foucaultiana, que postula a la disciplina como un principio de limitación del discurso. "...que permite construir, pero solo según un estrecho juego (...) una disciplina se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas como verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos: todo esto constituye una especie de sistema anónimo a disposición de quien quiera o de quien pueda servirse de él..." (Foucault, 1992: 27).

³ Nos desempeñamos en diferentes ámbitos de la Educación Superior, por un lado, en la materia Antropología, de la Facultad de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales (UADER) y en el Taller de Antropología para Curriculum y Didáctica, (Residencia en el Profesorado en Antropología de la Universidad Nacional de Rosario), por el otro, en la materia Antropología del Ciclo Básico Común (UBA) y en Fundamentos de la Investigación Social (Universidad Nacional de General Sarmiento).



las perspectivas clásicas que constituyen enfoques integrativos sobre lo cultural en sus aspectos inmaterial y material.⁴

Así, a partir de una cierta reflexión sobre la propia práctica docente antropológica en el nivel superior, intentaremos descubrir algunas posibles causas de dicho reduccionismo teórico-metodológico emergente en la presentación del campo de estudios mediante el formato de manual y los efectos que puede acarrear en los aprendizajes.

Intentaremos dar cuenta de cómo se fue conformando, desde los orígenes y en el proceso de consolidación de la antropología como campo científico, una perspectiva de análisis que hace hincapié en las articulaciones entre “cultura material” y “cultura ideal”. Esta reconsideración de los aportes clásicos nos podrá proporcionar algunos indicios para comprender tanto la crítica poscolonial dirigida al paradigma clásico, como los sesgos teórico-metodológicos actuantes al momento de trabajar y/o basar parte de nuestra investigación en el uso de fuentes documentales.

La consolidación de la antropología como ciencia independiente: reconsiderando aportes

En uno de sus trabajos sobre historia de la teoría antropológica, Díaz Polanco menciona el impacto de la obra de Morgan en el pensamiento de Marx y Engels⁵,

⁴ Hacemos referencia tanto a aquellos que utilizamos habitualmente como a los que hemos revisado especialmente para la realización de este trabajo: Lischetti, M. (Compiladora) (1995) *Antropología*. EUDEBA, Buenos Aires, Menéndez, E. L. (2002) *La parte negada de la cultura*. Barcelona, Ed. Bellaterra, Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994) *Etnografía*. Barcelona, Paidós, Chiriguini, M. C. (compiladora) (2006) *Apertura a la Antropología*. Buenos Aires, Proyecto Editorial. Guber, R. (2005) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós y (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Norma Editorial. Gil, G. J. (2007) *Teoría e Historia del pensamiento antropológico. Una introducción*. Mar del Plata, Editorial Estanislao Balder.

⁵ Es sabido que Marx leyó el libro de Morgan y tomó amplias notas con la intención de escribir acerca de los resultados a los que Morgan había llegado en su estudio de la evolución sociocultural. Marx no llegó a hacerlo pero sus notas fueron utilizadas por Engels para apoyar la argumentación de su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). Algunas consideraciones de la obra de Morgan las hemos trabajado en Perret, G. (2010). “De negaciones y ausencias. Antropología y marxismo: resultados fragmentarios de una búsqueda hostil”, Carlos E. Berbeglia (coordinador y autor), *La antropología y sus matices*. Buenos Aires, Proyecto Editorial.



indicando que a ambos les interesa la importancia que aquel le otorga a la *producción* y al *trabajo* en el desarrollo de las diferentes culturas. Y si bien, Morgan no plantea con total claridad que estos sean la fuente de los demás procesos superestructurales, es justamente la presencia de este “núcleo materialista” la que hace que su obra se distinga de las demás interpretaciones evolucionistas del período. Es factible que la capacidad de Morgan para “ver” el papel desempeñado por el *trabajo*, sea una de las claves para comprender que en el momento de la publicación y difusión de *La sociedad primitiva* (1877), la reacción no haya sido homogénea; los círculos intelectuales de la época la reciben con frialdad o se refieren a ella para combatirla.

A su vez, con este tipo de análisis, se inaugura en la antropología académica, un modo de comprensión de las relaciones entre lo que la antropología ha denominado “cultura material” y “cultura ideal”. Lo cual nos permite preguntarnos, siguiendo la línea de razonamiento de Díaz Polanco, si todo el desarrollo de la antropología posterior no es una suerte de negación del (supuesto) “núcleo materialista” presente en parte de la antropología decimonónica.

Negación que a nuestro entender, en la habitual enseñanza de una historia de la teoría antropológica en particular, quedó solapada por el énfasis en la crítica realizada al uso de fuentes de “segunda mano” propia de las técnicas de los antropólogos evolucionistas. Tildados irónicamente de “antropólogos de salón” que construían sus esquemas evolutivos a partir de “puras conjeturas”.⁶

El trabajo de Morgan y su intento de explicar el devenir histórico desde una concepción materialista convive, aunque suene contradictorio, con una perspectiva idealista a partir de la que explica el desarrollo de las “instituciones” (gobierno, familia, religión, entre las principales). El autor separa y aísla en su explicación del desarrollo

⁶ Podemos encontrar este tipo de referencias en Lischetti, M. (compiladora.) (1995) *Antropología*. Buenos Aires, Eudeba. El problema de la crítica al evolucionismo que en los manuales de antropología se suele plantear no radica en la crítica misma, sino en cómo se reifica a partir de ésta el trabajo de campo como modo legítimo de hacer antropología, dejando de lado la necesidad de seguir utilizando las llamadas fuentes de “segunda mano” durante el proceso de construcción del objeto de estudio, de su análisis e interpretación. Si bien no estamos aquí para defender al evolucionismo antropológico, recomendamos la lectura del texto de Godelier, M. (1995). “¿Esta la antropología indisolublemente ligada a occidente su tierra natal?”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 143: 161-179.



humano, los aspectos materiales (inventos y descubrimientos) de las instituciones, suponiendo, como plantea Díaz Polanco, no sólo que equivalen a líneas de investigación independientes, sino que derivan de fuentes diferentes: “De esta manera, las instituciones no están determinadas, a través de adecuadas mediaciones, por el desarrollo de la vida material, sino que dependen de ciertas *ideas originales* o *principios primarios del pensamiento*” (s/r, 18). En este aspecto, podríamos encontrar una continuidad de las ideas kantianas, tanto en Morgan, como en los desarrollos posteriores de la antropología de Franz Boas a Claude Lévi Strauss, por ejemplo.

Esta suerte de escisión entre lo material e ideal que está presente en la obra de Morgan, puede también dar pistas acerca de la invisibilización posterior del materialismo originario (o del rol asignado al *trabajo*) cuando acudimos a recapitulaciones de los enfoques clásicos en gran parte de los manuales. Y a su vez, podemos reconocer en tales transposiciones de las ideas del autor, una preponderancia del aspecto simbólico en el análisis cultural.

Reificación del trabajo de campo y reduccionismos en torno al oficio

A partir de los aportes de Franz Boas y Bronislaw Malinowski, el trabajo de campo de tipo etnográfico ha pasado a formar parte de la identidad profesional del antropólogo.

Malinowski es considerado en gran cantidad de relatos sobre la etnografía y sus desarrollos, una suerte de “héroe cultural” (Guber 2001), y se establece como referente central en la elaboración de estudios etnográficos. Incluso, la biografía de Malinowski y su relación con la experiencia de campo se han convertido en una gran metáfora del quehacer etnográfico.

Es interesante, en este sentido, consultar la compilación de Raymond Firth (1997) acerca de la obra de Malinowski a diez años de su muerte. En este caso, se evidencia la presencia modélica de Malinowski en la antropología británica. Las referencias a él remiten a una ‘leyenda’, el ‘grande’ de la historia de la antropología, un ‘soberbio etnógrafo’, y en tal sentido, revisaremos ciertas orientaciones que nos ha dejado acerca del trabajo de campo y sus complejidades.



Tomaremos entonces, un texto que se ha vuelto icónico en la docencia en antropología, *Los argonautas del pacífico occidental* (1922), obra particularmente simbólica en la enseñanza de la disciplina en el nivel superior a la hora de establecer coordenadas para el trabajo de investigación, en particular, de la etnografía. Reconstruiremos aquí algunas proposiciones que allí se establecen para luego plantear algunas hipótesis acerca de posibles interpretaciones y usos de las mismas en las prácticas etnográficas actuales y las estrategias puestas en juego para su transposición didáctica.

Malinowski, refiere a la etnografía como sujeta a condiciones entre las cuales es necesario reconocer las más adecuadas. La considera como un trabajo sistemático, dónde se aglutinan distintos métodos “activos” de relevamiento con la finalidad de abordar diversos aspectos de cultura y sus relaciones recíprocas.

Así, la estructura tribal y la anatomía de la cultura nativa, la vida indígena y las concepciones, opiniones y formas de expresión; constituyen los ejes estructurantes del trabajo etnográfico, entendido como un relevamiento diversificado y un análisis relacional de los aspectos heterogéneos que la experiencia de campo reviste.

Sobre el comienzo de su obra, Malinowski indica algunas modalidades de reconstrucción de información que lleva a cabo sin aún estar instalado en la aldea y en un contexto de frustración debido a las dificultades que encuentra para la comunicación con sus interlocutores:

“Sabía que el mejor remedio era ir recogiendo datos concretos, y obrando en consecuencia hice un censo del poblado, tomé notas de las genealogías, levanté planos y registré los términos de parentesco. Pero todo esto quedaba como material muerto que no me permitía avanzar en la comprensión de la mentalidad y el verdadero comportamiento del indígena, ya que no conseguí sacarles a mis interlocutores ninguna interpretación sobre estos puntos, ni pude captar lo que llamaríamos el sentido de la vida tribal” (Malinowski 1986: 23).



Esta cita es fundamental ya que en ella advertimos dos cuestiones que hoy resultan, a nuestro juicio, centrales. Por un lado, la emergencia de la idea de que la vida tribal constituye en sí misma un objeto de interpretación por parte de los agentes sociales. El etnógrafo tiene por finalidad una reconstrucción de esos sentidos adjudicados. Por otra parte, es interesante observar cómo reconstruye las interpretaciones, es decir, que lo hace a partir de búsquedas y elaboraciones documentales que le sirven de soportes materiales sobre los cuales interroga a sus interlocutores. Así refiere a la recolección de datos concretos: hacer un censo, reconstruir genealogías, realizar planos y registrar términos de parentesco. Estos datos constituyen para él “material muerto”, en tanto los entrevistados no pudieran referirse a ellos.

Esta perspectiva, entonces, presenta un modo de recolectar datos que es versátil y diversificado, mencionando la necesidad de una búsqueda acerca de todos los aspectos de la cultura estudiada, aunque a su vez tiende a establecer una jerarquización de los datos que se encuentran directamente vinculados con la situación tribal o interacciones entre agentes. Es decir, jerarquiza la “cultura viva” por sobre el llamado “material muerto”.

“El etnógrafo es, a un tiempo, su propio cronista e historiador; sus fuentes son, pues, sin duda, de fácil accesibilidad pero también resultan sumamente evasivas y complejas, ya que no radican tanto en documentos de tipo estable, materiales, como en el comportamiento y los recuerdos de seres vivientes”
(Malinowski 1986:21).

La referencia a que las fuentes del etnógrafo no radican tanto en documentos estables y materiales, sino en comportamientos y recuerdos, constituye un indicador central cuando se encuentra en el ámbito de las sociedades de cultura predominantemente oral. Aunque de todos modos, insiste en una constitución de información variada, y concluye entendiendo la tarea del etnógrafo como la reconstrucción de las estructuras sociales, la dinámica de la vida cotidiana y las formas de expresión o formas de la mentalidad.



Así, visitar estas nociones malinowskianas acerca de la etnografía, ha sido un ejercicio mediante el cual buscamos saber cómo estamos parados en términos de considerarla hoy, haciendo el mismo hincapié en las condiciones adecuadas por las cuales se preguntaban nuestros antropólogos clásicos.

Malinowski, expresa la necesidad de establecer una composición de documentos heterogéneos por parte del etnógrafo a fin de poder pensar a la cultura como un sistema compuesto por aspectos materiales y vividos que deben entenderse en relación. Sin embargo, otorga una importancia superlativa a la información relacionada con lo que llama 'cultura viva' o 'imponderables de la vida cotidiana'. Entendemos que en el contexto de las sociedades etnográficas que estudia Malinowski, es evidente la importancia central de los aspectos dinámicos o vividos, ya que constituyen espacios dónde recientemente han llegado las instituciones de cultura del imperio colonial inglés, como la educación formal y la lengua oficial. Son sociedades de transmisión oral, dónde la producción de cultura material tiene unas escalas muy diferentes de las que puede tener en los grupos sociales que actualmente estudian los antropólogos.

La pregunta por la actualidad del plan de trabajo malinowskiano, se realiza en nuestro caso, en función de pensar contextos de investigación dónde la cultura escrita es un elemento central de la vida social e incluso constituye un hecho de derecho. ¿Es posible enfatizar en estos contextos, una importancia central de la cultura vivida frente a las formas cristalizadas, objetivadas, materializadas de cultura? ¿O serían justamente estos contextos de trabajo de campo contemporáneos, los que reclaman una revalorización del programa de Malinowski en tanto enfoque relacional, aunque, haciendo hincapié esta vez en la importancia equidistante de las formas de cultura materiales y no materiales?

Figura de la etnografía en materiales de enseñanza: Malinowski comentado y sesgos de interpretación

A partir de las experiencias de enseñanza de la etnografía en cursos de formación superior y del trabajo de campo que hemos experimentado solitariamente o en grupo



con otros antropólogos y/o en equipos interdisciplinarios, podemos dar cuenta de una actualización de la mirada malinowskiana, aunque ya no en los términos del enfoque relacional que nos propone para la elaboración del trabajo etnográfico.

Las tendencias en la investigación antropológica y en la enseñanza del oficio se vinculan al establecimiento de la observación participante y la entrevista en profundidad, como exclusivas estrategias componentes del trabajo de campo. Lo cual denota cierta presencia de los juicios que establece Malinowski en torno a la “cultura viva” como elemento central del análisis antropológico. Aunque, las nociones actuales acerca de la importancia de “lo vivido”, no se corresponden con un relevamiento de fuentes de cultura material sobre la cual los agentes realizan sus interpretaciones tal como indica el autor en su obra.

Así, la importancia relativa otorgada por Malinowski a los “imponderables de la vida cotidiana” se constituye en relevancia absoluta (desde algunas interpretaciones acerca de los aportes del autor en la consolidación de la antropología como disciplina científica incluidas en manuales)⁷. La reificación de los imponderables culturales, deviene en un reduccionismo analítico que soslaya el análisis relacional de aspectos materiales y dinámicos de la cultura. Y sin embargo, es el enfoque de comparación, el único mediante el cual podríamos determinar los tipos de relevancia de aspectos culturales (materiales/inmateriales) en la construcción de la información como del análisis y siempre en función del problema de investigación en elaboración.

Los supuestos que tienden a identificar lo cultural sólo en términos de “cultura viva” se hallan fuertemente arraigados en los manuales de antropología que toman la cuestión de la etnografía como elemento central del oficio⁸. Y generan como consecuencia una suerte de degradación del concepto de cultura. Que implica, a su vez, una serie de

⁷ En este sentido, se pueden revisar Guber (2001 y 2005) y Boivin, M., Rosato, A. y Arribas, V. (2004) *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires, Antropofagia.

⁸ Un material de lectura que se utiliza en diversos ámbitos de enseñanza de la antropología es el de Hammersley y Atkinson (1994), en donde si bien discuten cierto naturalismo propio de las primeras etnografías, consideramos terminan confirmando los sesgos y reduccionismos aquí planteados. Una excepción interesante es el libro de Harris, M.(1999) *Historia de la Teoría Antropológica*. Mexico, Siglo XXI.



sospechas frente a trabajos que identifiquen el uso de documentos históricos como parte de la tarea etnográfica. Incluso, apreciaciones acerca de producciones etnográficas dónde el desbalance entre la información derivada de la observación participante, de las entrevistas en profundidad o de los análisis de fuentes de segunda mano no se considera en función del problema de investigación que se ha construido. Sino en función de una idea a priori, dónde la etnografía se restringe al registro y explicación de las dinámicas de interacción, que se convierten en el centro de la escena en la indagación social independientemente de la problemática/objeto a construir.

En este punto debemos recordar también, los peligros de hipertrofia y fragmentación analítica que tienen estas reinterpretaciones sobre el oficio antropológico (en tanto aplicación de sólo dos técnicas de relevamiento) en el contexto de las sociedades contemporáneas.

Hipertrofia, degradación y fragmentación analítica en la antropología de hoy. Un llamado de atención acerca del carácter complejo y conflictivo de los fenómenos culturales contemporáneos

El mundo contemporáneo, se caracteriza por la profusión de la cultura escrita y los usos de las tecnologías de la información, sin embargo, en la enseñanza del trabajo de campo etnográfico se insiste aún en la observación de prácticas sociales, dónde las interacciones accesibles al ojo solitario del antropólogo serían el objeto de análisis central, movilizando una constitución de estrategias de investigación concentrada en el uso de la observación participante y la entrevista en profundidad.

Así, el primer elemento que consideramos decisivo en los estudios contemporáneos tiene que ver con la condición letrada de gran parte de los agentes concretos con los que interactuamos en las experiencias en territorio y con la importancia cultural de la escritura en las sociedades de hoy. Pensamos en una serie de consecuencias socioculturales que se originan a partir de tal situación y que nos llevan a retomar con mayor necesidad la mirada holística que los clásicos proponen respecto a la cultura material y su relación con la cultura vivida. Como también, a revisar las



interpretaciones posteriores sobre los aportes clásicos (que reducen la tarea de campo al trabajo sobre las prácticas observables).

Goody y Watt (2003) introducen el fenómeno del “conflicto cultural” como elemento central a tener en cuenta en los estudios sobre sociedades contemporáneas. Fenómeno que se vincula fundamentalmente al carácter complejo y múltiple del repertorio cultural y de sus soportes materiales. La complejidad de las actuales modalidades de comunicación y simbolización tiene que ver con la coexistencia de la cultura letrada y la cultura oral.

“...debemos tomar en cuenta que en nuestra civilización, la escritura es claramente una adición, y no una alternativa, a la transmisión oral. Incluso en nuestra cultura de buchundlesen, la crianza de los niños y muchísimas otras formas de actividad tanto dentro como fuera de la familia dependen del habla; y en las culturas occidentales, la relación entre la tradición escrita y la oral debe verse como un problema fundamental” (Goody y Watt 2003:77).

A este conjunto de cuestiones, se agrega el protagonismo que han ido adquiriendo las tecnologías de la comunicación y la información. En relación a los adelantos en comunicaciones desde la invención de la imprenta y la prensa hasta la radio, el cine y la televisión, los autores plantean:

“Cabe suponer que estos últimos adquieren gran parte de su eficacia como agentes de orientación social por el hecho de que no tienen el carácter abstracto y solitario de la lectura y la escritura, sino que, por el contrario, comparten algunos de los atributos y efectos de la interacción personal directa que se da en las culturas orales” (Goody y Watt 2003:72-73).

Estas breves referencias presentadas en torno al carácter complejo y conflictivo de las culturas contemporáneas nos remiten nuevamente a los aportes que ya los antropólogos clásicos realizaron en el campo de la disciplina en torno al análisis de correlación, comparación y articulación de los aspectos “materiales” o “abstractos” de la producción cultural. Aportes, que se han ido invisibilizando en la enseñanza del oficio y por lo tanto en su realización, dejando el campo preparado para una reificación de los estudios de situación como modalidades paradigmáticas de la tarea de investigación antropológica.



Así, retomamos al menos una de las advertencias de Goody y Watt acerca de una dimensión que no debería ser dejada de lado por el estudioso de las sociedades actuales.

“... la reificación del pasado en el registro escrito implica que... inevitablemente (se) debe tener un interés más profundo en la historia. Aquí hay muchos aspectos prácticos y teóricos en juego, porque la gran importancia de la dimensión histórica, con sus muy distintos tipos de efecto en diversos grupos sociales, sin duda plantea serios problemas metodológicos” (Goody y Watt 2003:75).

Más adelante volveremos sobre esto.

(Re)Pensando la enseñanza del oficio antropológico

Teniendo en cuenta las transformaciones estructurales y cognitivas que se implican en las sociedades contemporáneas, pensamos entonces que la antropología requiere de una revisión respecto de las modalidades hegemónicas mediante las cuales ha realizado sus consideraciones en torno a los abordajes clásicos y la construcción del problema en tales perspectivas.

Es oportuno entonces preguntarnos ¿Cómo se ha dado este proceso de reapropiación de los clásicos, en el cual la etnografía queda casi reducida a dos técnicas de relevamiento de datos y cómo ha operado la selectividad en esta reapropiación?

En los soportes con formato de manual y en otros trabajos que se orientan a comentar obras clásicas, se registran críticas importantes a la perspectiva relativista y funcionalista en términos teóricos, aunque persiste la referencia al uso de las premisas metodológicas (y de un modo fuertemente reductivo respecto de las propuestas originales).

De hecho, la historia del campo específico de la antropología se centra en algunos manuales en la noción de crisis del modelo clásico, estableciendo en este mismo acto una homogeneización de los diversos aportes clásicos. Y postulando un parte aguas



que coloca a los procesos de descolonización como fuentes importantes de la refutación de postulados (aunque no tanto de haceres).⁹

A su vez, resulta interesante mencionar cómo incide la reapropiación de la perspectiva etnográfica por parte de otras ciencias sociales en el contexto de la llamada “crisis del modelo clásico”.

“Así, mientras los antropólogos replanteaban sus preceptos fundadores y cuestionaban sus dispositivos cognoscitivos más básicos, otras disciplinas sociales -por ejemplo en el campo de los estudios sociales de la ciencia- tomaban sus métodos de trabajo, sosteniendo en ellos la voluntad de asegurar la producción de descripciones a un tiempo ricas y desvinculadas de compromisos conceptuales y nomológicos con teorías explicativas generales” (Hidalgo 2006:47).

Esta especie de paradoja no deja de implicar diversos efectos en la constitución del oficio antropológico y su enseñanza. En este contexto de reapropiación de la etnografía por parte de otros campos disciplinares, se escriben con mayor profusión manuales y comentarios en función de la comunicación, lo que suele implicar formas simplistas y mecánicas de presentar el oficio del etnógrafo, reduciendo tal trabajo a la observación de las prácticas sociales y en ocasiones colocándolo como una mera técnica y/o método subsidiario.¹⁰

⁹ Un ejemplo de ello puede observarse en Latour, B. (1993) *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Madrid, Debate. En Perret, G. (2011). “Territorialidad y práctica antropológica: Desafíos epistemológicos de una antropología multisituada/multilocal”. *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur*, N° 4: 52-60, hemos trabajado parte de esta problemática.

¹⁰ Hacemos notar sin embargo, que es la llamada corriente posmoderna en antropología la que desde los inicios de la década del 80 toma como objeto de reflexión la dimensión metodológica, poniendo en tensión el modo en que nos han transmitido el oficio (Clifford, 1997, 1998; Comaroff, 1992; Ferguson y Gupta, 1997; Marcus, 2001, por mencionar algunos). Hasta lo que sabemos y hemos podido indagar, es una perspectiva casi ausente en la enseñanza de la antropología. En la Argentina quien la ha introducido fue Carlos Reynoso, sin embargo, ha sido sumamente crítico de todos sus representantes hecho que obstaculiza cualquier posibilidad de recuperar el aspecto que nosotras hacemos notar. Al respecto, se puede consultar Reynoso, C. (comp.) (1998) *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.



En este contexto, se observan algunos trabajos (Lischetti 1995; Menéndez 2002) que reconstruyen cierta historia de la antropología como disciplina científica y proclaman la importancia de la historicidad de las ideas y el pensamiento, evocando el contexto de los procesos de descolonización como espacio de clivaje fundamental. Sin embargo, encontramos también en ellas, un cierto sesgo de ahistoricidad, debido a que los matices se desdibujan y la revisión no se orienta completamente en función de las preguntas que nos hacemos para pensar las especificidades históricas de las sociedades de hoy.

La mayor de las veces se evita pensar la actualidad de los clásicos y por lo tanto se presenta una concepción más bien etapista y hasta acumulativa sobre la construcción del conocimiento. Que sin embargo, intenta dejar detrás a su vez, la perspectiva del evolucionismo cultural decimonónico criticando su carácter etnocéntrico y apriorista.¹¹ Por este motivo, concebimos que la etnografía demanda una reconsideración urgente respecto de las formas y componentes que se presentan como constitutivas, teniendo en cuenta los contextos actuales en que los antropólogos realizan sus investigaciones. Las didácticas del oficio antropológico, se ven interpeladas entonces, por el carácter profuso, complejo y conflictivo de la construcción cultural en los procesos contemporáneos.

Una revisión que se vuelve indispensable, si recordamos los riesgos de ciertos reduccionismos sustentados en una idea de la didáctica como simplificación y la enseñanza como degradación de ideas/procedimientos a transmitir. Lo cual nos lleva a reconocer la obligación de tomar en nuestras manos aquellas tareas pendientes que menciona Litwin (1997), a saber: 1) La problematización de las validaciones científicas que adquieren carácter reificado en el contexto curricular, haciendo perder de vista la dimensión dinámica y provisional del conocimiento científico, 2) La reconsideración de la traducción de contenidos disciplinares en contenidos en/de enseñanza y 3) La consideración del peligro de la sustitución de tratamientos conceptuales complejos por categorías del sentido común (p. 48).

¹¹ Al respecto, para nuestra práctica docente ha sido muy significativo el trabajo de Krotz, E. (1987). "Utopía, asombro y alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica". Estudios sociológicos, V. 14, México.



Esta tarea didáctica compleja, exige en las prácticas de enseñanza de la antropología un reconocimiento del trabajo de los clásicos, en nuevos términos. Retomando el interés en torno a reflexionar sobre la adecuación de las experiencias etnográficas al tiempo y espacio social analizado. Valorando su búsqueda de una comprensión relacional de los diversos aspectos que están articulados en el problema de estudio y ponderando su intento de elaborar etnografías susceptibles de futuros análisis comparativos.

Descotidianizando el sentido común antropológico mediante el autoanálisis de la propia práctica

Esta reconsideración de la historia disciplinar, es el resultado de un autoanálisis de la propia práctica de trabajo de campo y de las estrategias de enseñanza sobre el trabajo territorial en la antropología. Contexto en que han surgido preguntas acerca de cómo vamos estableciendo supuestos sobre el trabajo antropológico y en él, es decir, acerca de qué constituye o no un conocimiento digno en este campo.

Así, algunas cuestiones nos aparecen como problemas si se enfatiza este cuadro de situación y la antropología restringe su tarea etnográfica a la llamada “cultura viva”.

Ya Wolf indicaba hace un tiempo, que la antropología había comenzado como análisis de fenómenos mundiales aunque esta tendencia fue virando progresivamente, junto a una suerte de supuestos que los propios antropólogos pusimos en juego respecto al trabajo empírico. “Estos intereses se hicieron a un lado, a medida que los antropólogos pasaban de un interés primario en formas culturales al estudio de ‘culturas vivientes’, de formas de vida de poblaciones particulares en hábitats delimitados localmente” (Wolf 1982: 27). En este contexto, como ya planteamos, el trabajo de campo registrando lo que la gente dice y hace se consolidó como la característica central del método antropológico. Sin embargo, se partió de la presunción de que el referente empírico constituiría un objeto en sí mismo, o “aislado hipotético” y los aspectos institucionales o de la vida cotidiana,



“... se explicaron en términos de la contribución... al mantenimiento de este todo putativamente aislado. De este modo, una unidad metodológica de indagación se convirtió mediante afirmación a priori en una construcción teórica. El resultado fue una serie de análisis de casos totalmente separados” (Wolf 1982: 28).

Consideramos que las consecuencias revisten mayor seriedad en el caso en que la noción de etnografía adquiere un carácter reductivo respecto al modelo clásico. En lugar de un análisis de casos separados, nos quedaría un análisis de eventos y dichos, es decir, que el soslayo de la importancia del trabajo con fuentes documentales escritas, no constituiría un detalle en relación a las condiciones actuales de la investigación social, sino que también circunscribe a la antropología a una mirada deshistorizada/descontextualizada, sólo atenta a las escenas, eventos y acontecimientos. La cual no requeriría de una puesta en contexto de tales dinamismos en función de la identificación y análisis de la marcha de la materialización cultural e incluso de las transformaciones históricas. En tal sentido, un recupero de las antropologías acerca de los procesos históricos e intercambios mundiales requeriría de una transformación de la práctica de campo, ya que “obtenemos un conocimiento más grande de la nación, el Estado, la tribu, la modernidad o la globalización cuando los vemos como un grupo de relaciones y procesos más que como esencias ahistóricas” (Trouillot 2011: 40-41).

Asimismo, un problema que se observa en este enfoque reductivo, se vincula con la no consideración de la observación de las formas físicas del espacio o la mentada morfología social en relación a la práctica. Las perspectivas clásicas hacen un hincapié fundamental en la relación entre forma y dinámica cultural, cultura objetiva y cultura subjetiva. Así, la etnografía contiene un componente central de análisis espacial que se ha ido perdiendo a partir de las interpretaciones que se centran en los imponderables de la vida social. La cultura material, aparece en estos casos como un marco o un fondo cultural que se da por sentado y no se describe, no se analiza ni se detalla en sus relaciones con los comportamientos/prácticas/hábitus.



Es tarea inminente de la antropología, indagar a qué intereses responde la dificultad de repensar críticamente nuestras prácticas de investigación a la luz de los cambios sociopolíticos, económicos y tecnológicos de la actualidad. Ya que, la crítica, que en el contexto de los procesos de descolonización se le hizo a la “antropología clásica”, no alcanzó su núcleo metodológico y ni siquiera fue una crítica que pudo sostener en el tiempo una problematización estructural de los procesos de producción y reproducción de la vida social.

Finalmente, la posibilidad de repensar nuestra práctica docente en la enseñanza de la antropología, es un punto de mira desde el cual reflexionar acerca de los supuestos epistemológicos, políticos o metodológicos que subyacen y operan, muchas veces de manera solapada y poco clara, cuando transmitimos un oficio, como el de hacer antropología o el de investigar en ciencias sociales.

Bibliografía

BOAS, F. (1964) *Cuestiones fundamentales de antropología social*. Buenos Aires, Solar/Hachette.

DIAZ POLANCO, H. “Morgan y el evolucionismo”.

<http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/nuant/cont/7/pr/pr1.pdf> (consultado el 20 de julio de 2009).

ENGELS, F. (1986) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Barcelona, Planeta Agostini.

FERGUSON, J, y GUPTA, A. (edit) (1997) *Anthropological Locations. Boundaries and grounds of a Field Science*. Berkeley, University of California Press.

FIRTH, R. (1997) *Hombre y Cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*. México, Siglo XXI.

FOUCAULT, M. (1992) *El orden del discurso*. Buenos Aires, Tusquets Editores.



GIL, G. J. (2007) *Teoría e Historia del pensamiento antropológico. Una introducción*. Mar del Plata, Editorial Estanislao Balder.

GODELIER, M. (1995). “¿Esta la antropología indisolublemente ligada a occidente su tierra natal?”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 143: 161-179.

GOODY, J. y WATT, I. (2003). *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona, Gedisa.

GUBER, R. (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Norma Editorial.

_____ (2005) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós.

HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (1994) *Etnografía*. Barcelona, Paidós.

HARRIS, M. (1999) *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid, Siglo XXI.

HIDALGO, C. (2006). “Reflexividades”. *Cuadernos de Antropología Social*. 23: 45-56.

KROTZ, E. (1987). “Utopía, asombro y alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica”. *Estudios sociológicos*, V. 14, México.

LITWIN, E. (1997) *Las configuraciones didácticas*. Buenos Aires, Argentina, Paidós Editores.

MALINOWSKI, B. (1986) *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona, Planeta editorial.

MENÉNDEZ, E. L. (2002) *La parte negada de la cultura*, Barcelona, Ed. Bellaterra.

MORGAN, H. L. (1971) *La sociedad primitiva*. Madrid, Ayuso.



PERRET, G. (2010). “De negaciones y ausencias. Antropología y marxismo: resultados fragmentarios de una búsqueda hostil”. Carlos E. Berbeglia (coordinador y autor), *La antropología y sus matices*. Buenos Aires, Proyecto Editorial.

REYNOSO, C. (comp.) (1998) *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.

TROUILLOT, M. R. (2011) *Transformaciones globales. La antropología y el mundo moderno*. Colombia, Universidad del Cauca-CESO.

WOLF, E. (1982) *Europa y la gente sin historia*. México, Fondo de Cultura Económica Editores.

